

El caballo en la vida nacional

No podía faltar el caballo, y el caballo criollo, en primer término, en el certamen de la fundación. Nada más justo. La conquista, buena o mala, provechosa o inicua, fue obra del caballo. Sin él no habrían llegado a estas alturas ni el ilustre togado cuyas cenizas honramos ahora, ni sus férreos capitanes; el caballo comunicó a los indígenas la idea de que estaban delante de semidioses invencibles. Luégo, en la colonia, el caballo fue el único vehículo en que pudieron vencerse las distancias, el mejor colaborador de quienes abrieron montaña para fundar haciendas y establecer cultivos; aquí, más que en ninguna otra región, fue el caballo compañero y amigo del hombre; en los juegos de cañas y en las cuadrillas de las fiestas, lo mismo que en las largas jornadas del trabajo y de la guerra, fueron ellos, los nobles brutos jerezanos y cordobeses, entretención, apoyo y fuerza de los fundadores de pueblos, de los descuajadores de selva; y sobre ellos, más tarde, se cumplió el milagro de la independencia en las fantásticas cargas de las Queseras, de Vargas y de Junín. Sobre el lomo de uno de ellos burló Bolívar a la muerte y la derrota en la noche azarosa del Rincón de los Toros; ellos le pasearon triunfante por las calles de las capitales, y le salvaron la vida cuantas veces la fortuna le volvió la espalda. Tanto se estimaba el caballo en esos tiempos, que al hacerse las paces entre Morillo y el Libertador, el año 20, no encuentra el Pacificador otra prenda mejor para cimentar su nueva amistad, que la de enviar a su antiguo adversario su mejor caballo: "Por conducto del coronel Tello remito a usted uno de mis caballos, que es de buena talla y excelente para fatiga. Es fogoso, y necesita, antes de montarse, que un ordenanza le dé tres o cuatro vueltas; deseo que lo acepte como una muestra de mi particular estimación". Así lo dice desde Valencia, antes de embarcarse para España.

En la glorificación de los conquistadores ha surgido una divergencia entre quienes consideran injusta la apoteosis de éstos, en detrimento de los antiguos poseedores de la tierra; entre quienes se ufanan de descender de los caciques y sus súbditos, y quienes alegan pergaminos castellanos. A la fiesta de los caballos podemos concurrir todos, indios, españoles y mestizos, cristianos e

infieles, sin reato ninguno, porque antes de la conquista no había aquí representantes de la raza equina, y, por tanto, no hay conflicto de casta entre ellos.

La Ruana

En París, todas las mañanas, hacia las nueve, veía yo llegar en alegre tropel un grupo de cabras negras, por la avenida Victor Hugo, a situarse en el atrio de Saint Honoré d'Eyleau, donde las ordeñaba, tan tranquilamente como podía hacerlo en la cueva más apartada de los Pirineos, el pastor que las traía, un moce-tón medio desnudo y muy mal calzado, que tocaba en caramillo tan agreste y primitivo como el de Dafnis, y pensaba yo en aquellas pobres cabras de mi tierra, que vi en mi infancia tántas veces entrar atropelladas a los zaguanes, arreadas por unos chicos malhablados, muy envidiados por nosotros los niños "decentes" que no podíamos —la "posición" nos lo impedía— huir con ellos al cerro, tras del rebaño bochinchero... Las tales cabras —¿a qué negarlo?— dejaban los zaguanes muy sucios; pero, en cambio, colocaron en nosotros algo del grano de poesía, sin el cual resulta la vida tan insípida como una sesión parlamentaria, tan dura como un par de botines sin medias. Pero, en fin, lo que se puede en París, no está bien en Bogotá. Resignémonos, y vamos a ver la impresión que en cuanto a la comodidad y estética causa la gran proscrita en el ánimo extranjero.

Erase un invierno muy duro de fines del siglo pasado, cuando viajaban por Escocia don Santiago y don Manuel Samper; en una de las estaciones entró a su compartimiento un inglés que llevaba trazas de hombre rico y distinguido; sentóse frente a ellos y extendió sobre las rodillas, lo mejor que pudo, para abrigarse, la finísima manta que llevaba. Reparó en éstas en los bayetones que cubrían deliciosamente a los dos colombianos, volvió a tomar la manta, la colocó sobre el asiento, y calculando el centro le abrió con la navaja un hueco, y se puso la ruana.

En la guerra del 40 llegó a Guaduas, prisionero de guerra, en vía para la capital, donde debía ser juzgado y seguramente fusi-